

Vino de corcho



carlos
ZANÓN

Escritor y crítico con vocación rockera.

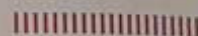
Julián Ibáñez es, lisa y llanamente, el mejor escritor de novela negra de este país. Si quieren matizo. O hago subgrupos. O troceo el solomillo para que haya para más y todos más contentos. No importa. Es obvio que lo suyo es una manera muy concreta de recrear el género en el que los ambientes son todo, el protagonista siempre es el mismo y los policías si aparecen es para rociar un poquito de desencanto sobre el potaje ése del bien y del mal, para quien aún se crea eso. Es también obvio que hay muchas maneras de abordar la novela negra y que hay gigantes, maestros, lugartenientes y eficaces artesanos entre lo mejor del gremio. Y que lo que hace uno no lo hace otro. De acuerdo. Podría matizar. Sí, creo que podría. Matizo: Julián Ibáñez es el mejor escritor de novela negra de este país.

Lo digo porque de Julián Ibá-

ñez me he leído con ésta, *El viejo muere, la niña vive*, siete de sus novelas y todas me han parecido cojonudas. De hecho si Ibáñez en vez de escribir novelas cada dos semanas y enviarlas —para despistar— a una editorial distinta, fuera el portero de la Discoteca de la Novela Negra Española, algo así como Tugurio Malasaña 1985, muchos de los escritores no sólo no podríamos pasar sino que volveríamos lloriqueando a casa de los papás o pediríamos la readmisión en el grupo de *boy scouts* del que nunca —y cuando digo nunca es nunca— debieron dejarnos ir.

¿Qué tiene Julián Ibáñez (Santander, 1940) que me vuelve tan entusiasta? Muchas cosas. Una de ellas es que hace sólo lo que sabe hacer bien. No se anda con zandajas ni piensa en mucho más que en construir un reloj que, sobretodo, dé la hora cuando toca. Su ambición es ésa y no es poca. Sus novelas son dinámicas, vero-

similes, directas pero nunca esquemáticas, con un endiablado sentido chandleriano del ritmo. Sus protagonistas, por lo general, son tipos solitarios, secos de pasta y sentimientos, sin pasado ni futuro (uno por olvidable y el otro por puro realismo), sin colegas ni paraguas social, amistoso o familiar. Seres humanos tumbados en camas de pensiones con un billete de diez en el bolsillo y una mujer a la que has dejado o deberías llamar. Hombres duros que no sobreactúan ni exhiben músculo, vaso de whisky o cicatriz. Hombres que hacen lo que pueden para no caer en la lona o para que caiga otro en su lugar. Que se escapan a tiempo. Que están lo justito en habitaciones, timbas y bares. Desgraciados con las manos largas. Hombres que no son sino guisos que se han quedado crudos en el plato. Las escenas de acción son creíbles y nacionales. Los seres humanos corren, saltan y se caen como te caerías tú.

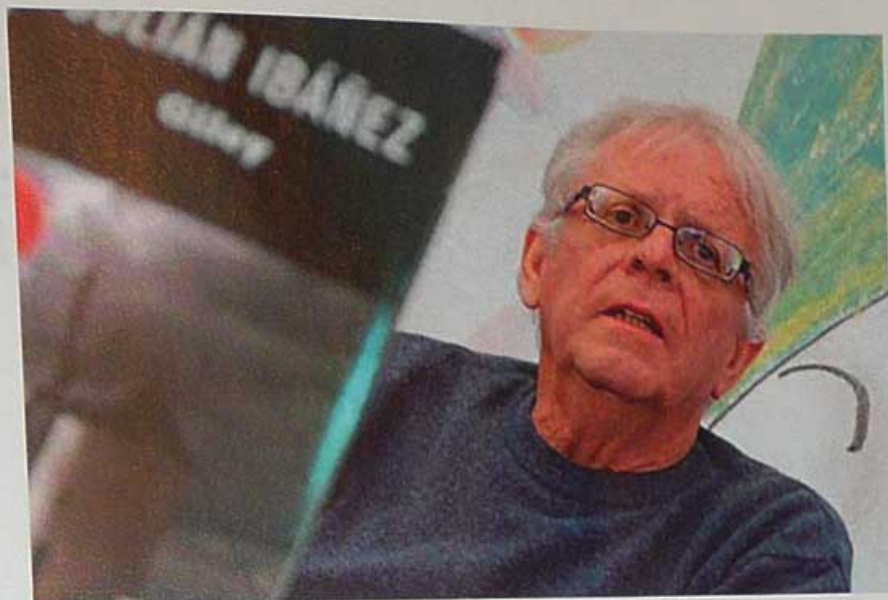


EL VIEJO MUERE, LA NIÑA VIVE

Julián Ibáñez. Cuadernos del Laberinto
242 páginas. 15 euros.

matan y roban y estafan como estafarias, robarias y matarias tú, españolito de dios. Además están los diálogos. Bien tirados, recogidos al vuelo o arrastrados por el viento. Cada uno con su voz y su silencio. Nunca por qué sí.

Me dejo para el final lo esencial en sus novelas. Si, habrá quien diga que en una novela lo principal es el argumento. Y ese mismo alguien dirá que hay argumentos originales (y que los escribe él además de Dickens y Carlos Ruiz Zafón). Si lo encuentras, límitate a ponerte en jarras y carcajearte como Robin Hood (versión Errol Flynn) se ríe cuando el Fraile Tuck se resbala por el tronco al río. Habrá quien diga que la novela son los personajes. A éste escúchale porque algo de razón tiene. Pero cuando un escritor de novela negra te diga que la novela de ese género es una novela de ambientes, atiende de verdad porque no hay nada más cierto que eso. Ibáñez es el ejemplo más claro de que un argumento deductivamente brillante puede arruinar el libro. O que en el fondo, el lector, quiere sumergirse en un mundo, otra vida, y para eso necesita que el escenario no sea de cartón piedra. Ibáñez sabe que al leer una novela nos tragamos incongruencias, cosas absurdas y otras zarandajas. Pero que se nos quedan en el gaznate,



el sabor de determinados licores, el aroma de tugurios y perfumes, el sudor que huele a miedo y la sensación de abismo en algunas miradas y algunos errores. Las novelas de Ibáñez se escriben en el polvo de cunetas de polígonos de Fuenlabrada. En bares con cortinas de trozos de madera. En menús económicos con vino de corcho y manteles de papel. En tipos que encargan a otros que hagan cosas que no deberían. En una partida de flor donde todos juegan limpio mientras no hay más que ganar que lo que hay encima de la mesa. En eso, en fijar con cuatro imágenes esos mundos, este señor, el tal Ibáñez es el puto amo que decía aquel.

El viejo muere, la niña vive es otro pedazo de novela que nuestro

hombre sacó en e-book por Amazon (como si el problema fuera la pasta para comprarse un libro: el problema es lo que nos precipitamos con José Napoleón) hará un par de años. El protagonista es Bellón. Un tipo que hace lo que puede para buscarse la vida como cobrador de morosos. Pero la curiosidad hace las novelas y al entrar por dónde no debe en un chalé ve lo que no le interesaría haber visto. La telaraña está servida. Con ese montón de hombres y mujeres que sacan lo buenos y malos que pueden ser, lo listos y estúpidos dependiendo de la sangre fría y la circunstancia, lo mucho o poco que pueden perder.

A ver si la octava que me leo es un truñaco y le veo agujeros en la cubierta a este hombre. ●